

ATENCIÓN CIENTÍFICOS SOCIALES: LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA NO DESCARTA EL REALISMO NI LA OBJETIVIDAD

ATTENTION SOCIAL SCIENTISTS: CONTEMPORARY PHILOSOPHY DOES NOT DISCARD THE REALISM OR OBJECTIVITY

*Roberto Bueno Cuadra**
Escuela Profesional de Psicología

Recibido: 17 de octubre de 2013

Aceptado: 29 de octubre de 2013

RESUMEN

Cierta literatura actual vinculada a la investigación cualitativa se dedica a la promoción de nuevos paradigmas para las ciencias sociales basados en concepciones ontológicas y epistemológicas de orientación constructivista o relativista y que se manifiestan en cualesquiera de los siguientes argumentos: 1° El mundo no posee intrínsecamente una estructura o propiedades determinadas, sino que estas son «construidas» por el observador; 2° Aun si tales características intrínsecas existieran, no hay manera objetiva de determinar cuáles son y 3° Aun si tales métodos objetivos existieran, las condiciones individuales y sociales del observador le impiden inevitablemente hacer uso de ellos. En consecuencia, o no existe una realidad definida, o no es posible conocerla de manera objetiva. El objetivo del presente artículo es realizar un análisis crítico de tales argumentos.

Palabras clave: Constructivismo, epistemología, objetividad, ontología, relativismo.

ABSTRACT

Some current literature related to qualitative research is devoted to promote new paradigms for social sciences, based on ontological and epistemology concepts oriented by constructivist and relativist views and

these conceptions reveal themselves through any of these arguments: 1. The world does not intrinsically possess a determinate structure or properties, but these are «constructed» by the observer; 2. Even if these intrinsic characteristics existed, there is no objective manner to determine which are these, and 3. Even if these methods existed, the observer's individual and social conditions unavoidably impede him/her to make use of them. Therefore, either it does not exist a definite reality or it is not possible to know it in an objective fashion. The purpose of this article is to carry on a critical analysis of such arguments.

Key words: Constructivism, epistemology, objectivity, ontology, relativism

Introducción

Desde hace algunas décadas, una abundante literatura se dedica a la promoción de «nuevas epistemologías» que, aunque divergentes en algunos detalles, contienen un elemento en común: su ataque a lo que en esa literatura se llama positivismo. La discusión de esas nuevas epistemologías es particularmente importante para las ciencias sociales y por esta razón, como cabría esperar, buena parte de esa literatura está incrustada en la fundamentación de la investigación cualitativa o interpretativa. Sin embargo, mi objetivo no es aquí analizar la validez o la importancia de tal tipo de investigación, entendida como aquella dirigida a explorar las «subjetividades», es decir, las percepciones, sensaciones y perspectivas de las personas en relación con determinados hechos o experiencias (Merriam, 2009; Patton, 2002). Tales estudios suelen tener una orientación idiográfica, pues se proponen abordar realidades altamente contextuales, situadas y singulares, que testimonien y reconozcan, precisamente, la gran diversidad de las expresiones de la conducta humana. Nadie dudaría de la importancia y utilidad de tales estudios. No obstante, una gran cantidad de textos manifiestan que no se trata simplemente de «investigación» o de «metodología» cualitativa o interpretativa, sino de un completo paradigma, el cual se define esencialmente por su epistemología y ontología particulares (Hathaway, 1995; Lapan, Quartaroli & Riemer, 2012). Pareciera que el interés por lo diverso, lo complejo y lo único, que es en sí legítimo, necesitara sin

embargo de una justificación filosófica especial, diferente. Pero no solo eso. Pareciera también necesario demostrar la superioridad de este nuevo y diferente marco filosófico mediante una sistemática labor de demolición del «paradigma positivista». Algunos de los comprometidos en esa empresa se consideran postmodernos, en cambio otros prefieren llamarse a sí mismos postpositivistas (por ejemplo, Lincoln & Guba, 1985).

Mi propósito en este artículo no es evaluar la validez del enfoque idiográfico ni de los estudios acerca de la subjetividad. Como ya anticipé, tales estudios pueden tener algún valor para determinados propósitos. Lo que está en cuestión, más bien, es la fundamentación filosófica que, se dice, debe hallarse necesariamente en la base de tales estudios. Para abreviar, la nueva epistemología se articula alrededor de dos planteamientos complementarios entre sí. El primero: la ciencia y la filosofía de la ciencia del siglo XX parecen haber demolido los supuestos «positivistas» y el segundo, la particular naturaleza de los hechos sociales amerita la adopción de una epistemología que, justamente, encuentra ahora asidero en, y es consonante con, la nueva visión de la realidad y del conocimiento que, se dice, nos aportan la ciencia y la filosofía contemporáneas. El primer componente es una crítica a lo que lo que Brown (2001) denomina la Ortodoxia Científica, es decir, una crítica a postulados centrales tales como la creencia de que existe una realidad objetiva, independiente del observador, y la convicción de que dicha realidad puede conocerse, es decir, se puede distinguir la verdad del error respecto de esa realidad, con auxilio de métodos útiles aunque falibles. El postulado fundamental de la Ortodoxia Científica es que existe una realidad externa al observador, la cual posee propiedades definidas, y que es posible determinar cuáles son esas propiedades, si bien solo de manera gradual, mediante aproximaciones sucesivas, no exentas de error, como puede comprobarse precisamente cuando el error es detectado. El científico ortodoxo cree que es posible elaborar construcciones *verdaderas* acerca de la realidad, en el sentido de que corresponden a ella, y por tanto, exige que se establezcan ciertos estándares para evaluar tal correspondencia. Por supuesto, la correspondencia entre una teoría y los hechos que ella describe siempre es solo presuntiva, es decir, inferida, imposible de verificar directamente. Toda teoría es siempre solo una conjetura, que creemos describe correctamente

un mundo real, y apoyamos esa creencia simplemente sobre la base de ciertos indicios (las evidencias y los argumentos). El hecho de que las teorías se sitúen siempre en un nivel de conjetura no implica que distintas teorías –incluso contradictorias entre sí– pueden ser igualmente válidas, ya que la evidencia y los argumentos sirven para indicar el valor o plausibilidad de esas distintas opciones. En la visión del científico –o sea, de la Ortodoxia Científica– la investigación científica es un proceso de aprendizaje gradual acerca de un mundo real, y, como todo aprendizaje, este se ve influido por las condiciones del aprendiz. Es posible que la decisión acerca de qué aprender y qué no esté fuertemente sesgada por determinados valores. Sin embargo, a pesar de tal circunstancia, es posible aprender algo. De hecho, cuando el aprendiz está dispuesto a aprender, aprende. Cuando la realidad lo encara, el aprendiz puede a veces comprobar la falsedad de algunas de sus creencias iniciales. El científico cree que, al margen de los valores involucrados, es posible distinguir entre la verdad y el error.

En el presente artículo me ocupo solo de una parte del primero de los planteamientos de la «nueva epistemología», cual es, la idea de que a partir del siglo XX, nuevos planteamientos filosóficos cuestionan el realismo como postura ontológica y el objetivismo como epistemología. De acuerdo con tales cuestionamientos, no más es correcta la idea fundamental de la Ortodoxia Científica. Partícipes de esta crítica a la Ortodoxia Científica son una diversidad de planteamientos constructivistas y relativistas de diverso origen. El objetivo del presente artículo es examinar hasta qué punto tales planteamientos constituyen una refutación de la Ortodoxia Científica. Para ello, presentaremos una muestra de argumentos constructivistas y relativistas y luego los revisaremos críticamente. Antes, sin embargo, haremos algunos comentarios sobre la frecuente identificación de la Ortodoxia Científica con el positivismo.

La cuestión del «Positivismo»

Los críticos de la Ortodoxia Científica suelen identificarla con el positivismo. Se trata de una estrategia que los críticos esperan que sea efectiva en la medida que puedan mostrar las deficiencias del positivismo como postura filosófica. El «positivismo» al que la literatura en cuestión ataca es visto como fundamentación de la investigación social cuantitativa:

Para el investigador cuantitativo, buscar la comprensión de los hechos involucra el esfuerzo por permanecer en una postura independiente del fenómeno que es estudiado y cuando sea posible, establecer relaciones causa-efecto que sean generalizables a otros ambientes. Esta perspectiva tiene una larga historia comenzando con el método científico y con las ideas iniciales del *positivismo* (Lapan, Quartaroli & Riemer, 2012, p. 7, énfasis en el original).

En esta cita podemos ver cuáles son los supuestos del «positivismo» que esta nueva epistemología rechaza. Lincoln y Guba (1985) en su ya clásico tratado *Naturalistic inquiry*, resumen los postulados «positivistas» del siguiente modo:

- Un supuesto ontológico de una realidad única y tangible «allí afuera» que puede ser analizada en partes capaces de ser estudiadas independientemente, el todo es simplemente la suma de las partes.
- Un supuesto epistemológico sobre la posibilidad de separación del observador y lo observado, el conocedor de lo conocido.
- Un supuesto de independencia temporal y contextual de las observaciones, de modo que lo que es verdad en un momento y lugar, puede bajo circunstancias apropiadas (tales como el muestreo) ser también verdad en otro tiempo y lugar.
- Un supuesto de causalidad lineal, no hay efectos sin causas ni causas sin efectos.
- Un supuesto axiológico de libertad de valores, es decir, que la metodología garantiza que los resultados de una investigación son esencialmente libres de la influencia de cualquier sistema de valores (o sesgo). (p. 28)

Es dudoso si la posición positivista puede ser representada en una forma monolítica a través de los principios citados, o si cualquiera que los abraza puede ser considerado un positivista. Por ejemplo, Albert Einstein creía sin duda alguna en un mundo real independiente de la conciencia del observador y perfectamente cognoscible y sin embargo no era positivista

(más aún: la creencia en un mundo real, independiente de la conciencia no parece ser muy positivista, por lo menos si nos ubicamos en el positivismo lógico). En todo caso, la cuestión de si tales supuestos caracterizan o no el positivismo es secundaria. Llámeseles como se les llame, lo que importa es determinar si tales supuestos son correctos. Así presentados, son bastante discutibles. Sin embargo, no parecen ser identificables con lo que consideramos la Ortodoxia Científica. Por tanto, luchar contra dichos supuestos no implica necesariamente luchar contra el realismo y la objetividad.

Por ejemplo, se puede estar de acuerdo en que existe una sola realidad tangible, pero no necesariamente en que el todo es tan solo la suma de las partes. Asimismo, es verdad que observador y observado interactúan (Kantor, 1958): el científico elabora constructos que son el resultado de su interacción con su objeto de estudio. Es quizá a partir de este punto que se plantea la cuestión central del constructivismo. El conocimiento científico es construido con base en ciertas reglas de operación y dentro de las limitaciones impuestas por nuestro lenguaje y de una serie de otros contextos, todo lo cual determina cómo el científico interactúa con su objeto de estudio. El realista y el objetivista no negarán estos hechos. El punto fundamental del realismo y el objetivismo –la Ortodoxia Científica– no es si el conocimiento es construido o no, sino si dichas construcciones nos dicen algo cierto acerca de un mundo real. Como ya se dijo, tal certeza o verdad para el científico no implica verificación total, sino tan solamente una convicción posiblemente errada pero por el momento fuertemente apoyada por evidencias y argumentos. Constructivistas y relativistas argumentan que todas las construcciones son igualmente válidas como conocimiento.

En tercer lugar, todo científico social es consciente de que la mayoría de los hechos que investiga están contextualizados histórica y geográficamente, sin embargo, ello no impide que existan ciertas tendencias básicas, universales, en el comportamiento humano que pueden ser también objeto de investigación. El cuarto de los supuestos «positivistas» es denominado por Lincoln y Guba (1985) el supuesto de «causalidad lineal» aunque en el párrafo citado es descrito de un modo bastante vago. Estrictamente hablando, la causalidad lineal consiste en una cadena de eventos en la cual uno de ellos actúa como la única causa del siguiente. La causalidad lineal

podría ser representada mediante el esquema bicondicional, donde « p si y solo si q ». Probablemente muy pocos científicos, positivistas o no, estén comprometidos con un esquema explicativo tan estrecho como el de causalidad lineal para todos los fenómenos. Más bien, cabría reconocer que la mayoría de los hechos son de naturaleza multicausal, donde el esquema correcto es de tipo condicional, es decir, «si p , entonces q », el cual es compatible con «si m , entonces q », etc. Por ejemplo, Skinner (1957) señala explícitamente el carácter multicausal de la conducta verbal. Y en terapia del comportamiento, se reconoce explícitamente el carácter complejo, multicausal de los problemas psicológicos (Haynes, Godoy & Gavino, 2011).

Finalmente, la cuestión no estriba tampoco en saber si la investigación puede realmente estar siempre libre de sesgos axiológicos, o en general, de cualesquier clase de sesgos, pues en realidad ello es imposible. Lincoln y Guba (1985) tienen razón al cuestionar la creencia de que la metodología sola puede evitar dichos sesgos. De hecho, es evidente que el control estadístico no puede influir, al menos no solamente él, en las decisiones acerca de, por ejemplo, qué tema elegir para una investigación. Nuevamente, la cuestión central de la Ortodoxia Científica no es si los valores del investigador influyen en su trabajo, sino si, a pesar de ello, es posible para él llegar a ciertas conclusiones verdaderas –en el sentido ya señalado– acerca del mundo.

La conclusión de este breve recorrido es la siguiente. El positivismo al que atacan los postpositivistas y postmodernistas es lo que los anglosajones llaman un *strawman*, es decir, un hombre de paja. Como podemos ver, es posible que la mayoría de quienes comparten la Ortodoxia Científica, es decir, de quienes creemos en el realismo y la objetividad, no compartan los postulados positivistas descritos por Lincoln y Guba (1985). ¿Porqué identificar entonces a la Ortodoxia Científica con este hombre de paja? La respuesta es evidente. Los hombres de paja son fáciles de derribar.

Constructivismo y Relativismo

Volvamos ahora a la cuestión central de este artículo. ¿Cuáles son los fundamentos de los «nuevos paradigmas» de las ciencias sociales? Veamos algunas respuestas.

Aquellos que ven la realidad como una construcción en las mentes de los individuos afirman que es dudoso que exista una realidad. Si la hay, nosotros nunca podemos conocerla. Además, ninguna cantidad de investigación puede producir convergencia sobre ella. En esta posición ontológica, hay siempre un número infinito de construcciones que podrían ser hechas y de aquí que existan múltiples realidades (Lincoln & Guba, 1985, pp. 83-84).

Esos planteamientos se han hecho ya tradición entre ciertos teóricos de las ciencias sociales:

Los constructivistas-interpretativistas... creen que existen múltiples realidades construidas (lo que se conoce como la posición *relativista*), más bien que una única realidad. La realidad, de acuerdo con la posición constructivista, es subjetiva e influenciada por el contexto de la situación, es decir, las experiencias y percepciones del individuo, el ambiente social y la interacción entre el individuo y el investigador (Ponterotto, 2005, p. 130, énfasis en el original).

Sin embargo, este antirealismo parece insostenible. En efecto, a pesar de la afirmación de que «es dudoso si hay una realidad», Lincoln y Guba deben admitir la existencia de esa realidad («nadie alegraría, por ejemplo, que Bobby Knight no existe», p. 84), por lo que la «realidad construida», consiste más bien en los «significados» que la gente atribuye a esos objetos. En vista de ello, la verdad es la verdad por consenso y, por supuesto, dentro de límites impuestos «externamente» (es decir, por la «realidad»). De aquí la doctrina de la objetividad como acuerdo intersubjetivo, en vez de como acuerdo con una realidad. Sin embargo, parece difícil negar la existencia de una realidad independiente del observador, como también es difícil sostener que existen «realidades múltiples» cuando más bien solo hay construcciones individuales múltiples.

Por otro lado, así como para el crítico de la Ortodoxia Científica no hay realidades objetivas, tampoco es posible el conocimiento objetivo. El antiobjetivismo epistemológico se sostiene parcialmente en el hecho de que dichos críticos parecen confundir el carácter socialmente construido de los hechos sociales, con el carácter construido del conocimiento de tales hechos

(por ejemplo, Johnson & Christensen, 2012). Sin embargo, aunque se puede admitir que el propio conocimiento científico es también una construcción acerca de la realidad, esto no significa que el desarrollo del conocimiento científico esté sujeto a las mismas reglas que dan origen a las realidades construidas que forman los hechos sociales. Por tanto, el hecho de que existan tantas visiones de la realidad como individuos haya, no obliga a los científicos a admitir todas esas visiones como igualmente válidas.

Normalmente, los procedimientos y técnicas que el científico emplea en su trabajo son parte de los recursos de que dispone para validar sus «construcciones» acerca de la realidad. Pero aquí surge otro argumento postpositivista: los métodos no tienen valor alguno. El teórico construccionista Gergen (1985) lo expresa mediante una analogía tan cruda como clara:

En gran medida las ciencias han estado fascinadas por el mito de que la aplicación asidua de métodos rigurosos producirá hechos sólidos, como si la metodología empírica fuera alguna clase de procesador de carne del cual la verdad pudiera ser producida como salchichas. (pp. 272-273)

Opinión que es ampliamente compartida en la literatura cualitativista (Camic, Rhodes & Yardley, 2003):

... elevar el laboratorio y el método experimental –y todo lo que esa imagen implica– en un plano «puro» y objetivo donde los valores y sesgos del investigador son supuestamente dejados en la puerta y donde el control estadístico asegura validez y objetividad es altamente problemático... la «objetividad» tal como es enseñada en muchos textos de psicología, es un mito. Ningún experimento, ninguna pregunta de investigación y ciertamente ninguna interpretación de datos pueden ser verdaderamente objetivos. Los tipos de problemas en que estamos interesados, las preguntas que hacemos, las clases de datos que recolectamos y los análisis que realizamos, todos emanan de algún contexto, sea este socioeconómico, político, cultural o personal. (p. 6)

Pero no solo ocurre que los métodos no garantizan objetividad. Los críticos consideran que la objetividad es inherentemente inalcanzable: *nunca*

hay observaciones objetivas, éstas siempre están sesgadas por las características del observador o por su marco conceptual. Por el contrario, las decisiones científicas siempre reflejan intereses personales subyacentes (Smith & Hodkinson, 2005):

...la conducta del investigador y especialmente los juicios sobre su valor, representan actividades sociales. En ausencia de fundamentos epistemológicos, lo que es esencial en cualquier aspiración de neutralidad u objetividad, las decisiones acerca de cuáles son o deberían ser los criterios de la investigación, así como los criterios que deberían ponerse en práctica, resultan de complejas interacciones sociales. Y, como ocurre con todas las interacciones sociales, los individuos y grupos trabajan en función de sus propios intereses... estas condiciones hacen que el proceso de determinar los criterios de investigación y cómo deben ser aplicados sean inevitablemente contestables. (pp. 915-916)

En suma: no busquéis objetividad, que es en vano, pero también porque tal búsqueda es perversa: «la misma apelación a la objetividad científica es una postura política destinada a establecer un cierto modo de comprensión como el privilegiado» (Cilliers, 2005, p. 256).

La voz de la Filosofía: Realismo y Objetivismo Contemporáneos

Es casi seguro que todo científico abraza la creencia de que, independientemente de cualquier observador, existe un mundo bien definido y con propiedades intrínsecas; que su tarea es descubrirlo y que tal descubrimiento es posible. Del mismo modo, quizá los dos principales dogmas de la nueva epistemología son sus críticas del realismo y de la posibilidad del conocimiento objetivo. En general, son tres las posturas esenciales en la ontología y epistemología de los críticos de la Ortodoxia Científica. Podemos ilustrar esas tres posturas mediante el siguiente ejemplo. Supongamos que dos personas contemplan un mismo jarrón, pero una lo ve de color rojo y la otra, de color naranja. Supongamos también que el crítico esté dispuesto a aceptar que el color percibido depende de la longitud de onda. A continuación, el crítico propondría cualquiera de estos argumentos. Primero, que el jarrón no emite o refleja intrínsecamente ninguna longitud de onda en particular, el color percibido depende por

completo del sujeto perceptor. Este argumento puede caracterizarse como antirealismo o como constructivismo. Como ya hemos visto, el constructivista niega la existencia de una realidad, o al menos, de una realidad definida. El mundo, si es que existe independientemente del observador, no es más que una amalgama amorfa a la cual el individuo impone un significado, a partir de algún marco conceptual o de sus propias características personales o sociales. Es la posición usualmente asumida por postmodernistas extremos.

Un segundo argumento sostendría que el jarrón puede que emita o refleje intrínsecamente una determinada longitud de onda, pero no hay manera objetiva de determinar cuál es, sino que por el contrario, hay una diversidad de criterios de conocimiento, lo que conduce a una variedad de posibles respuestas, todas ellas igualmente válidas. El tercer argumento plantearía que puede que haya una manera objetiva de determinar la longitud de onda intrínseca, pero los factores personales y sociales influyen de tal modo que nunca es posible apelar a tales métodos objetivos. El segundo y el tercer argumento corresponden precisamente al relativismo. El objetivista rechazaría los tres argumentos. Primero, todo objeto o proceso, natural o social, posee ciertas propiedades, intrínsecas o socialmente atribuidas, esté o no esté siendo observado. Segundo, existen maneras objetivas de determinar esas propiedades, es decir, ciertos métodos para arribar a determinar conclusiones, excluyendo otras. Y tercero, los factores individuales y sociales pueden dificultar la correcta aplicación de tales criterios objetivos, pero no siempre debe ocurrir así (en su crítica del relativismo y del constructivismo, Boghossian [2006] plantea esencialmente los mismos argumentos).

Antes de dar respuesta a los argumentos de los críticos, es conveniente volver a insistir en lo que la Ortodoxia Científica entiende por objetividad. Los críticos de la objetividad a veces la definen como la creencia en un estado de completa descontextualización del conocimiento, así como los críticos de la verdad científica la entienden como conocimiento acabado y final. Sin embargo, se puede reconocer las limitaciones del conocimiento humano sin que ello sea inconsistente con una visión objetivista de la realidad y del conocimiento. Se debe recordar que el conocimiento es esencialmente comportamiento humano, y en tal virtud siempre existe en el marco de

determinados contextos. El conocimiento es ejercicio de un individuo sujeto a condiciones y limitaciones biológicas y sociales, las cuales determinan qué puede llegar a conocer y cómo. Más aún, por definición, el conocimiento es conceptual. Todo conocimiento es formulado por medio de conceptos y categorías. En suma, lo que un individuo conoce está limitado a sus condiciones y limitaciones biológicas, sociales y conceptuales. Estos son los *contextos* en los que se ejerce el conocimiento. El argumento antiobjetivista de que nadie está libre de estos contextos equivoca el blanco, ya que lo que ese argumento ataca no es la objetividad, sino la *omnisciencia*. La posición de la Ortodoxia Científica no consiste en la imposible negación de los contextos del conocimiento, sino en la búsqueda de criterios que permitan validar el conocimiento así contextualizado. En otras palabras, la posición objetivista reconoce obviamente que todo conocimiento es contextualizado, pero al mismo tiempo, sostiene que todos los productos obtenidos en el marco de tales contextos y los contextos mismos, pueden someterse a crítica y compararse entre sí. En suma, y como apunté en otro lugar (Bueno, 2011), la objetividad no es un estado de completa libertad de cualquier posible contexto, sino la posibilidad de debatir en el marco de ciertos contextos y aun de debatir acerca de al menos algunos de los propios contextos del conocimiento. La objetividad es, por tanto, la posibilidad de establecer que no toda pretensión de conocimiento es igualmente válida.

Volvamos entonces a los argumentos constructivistas y relativistas. Como se ha dicho, el primero de ellos sostiene que no existe una realidad con propiedades intrínsecas, sino que aquella es construida por el individuo. Boghossian (2006) analiza los argumentos de constructivistas, relativistas y/o pragmatistas como Putnam, Goodman y Rorty que parecen apoyar este primer argumento. Dichos autores sostienen que no hay una realidad independiente del observador, o si ésta existe, consta a lo sumo de entidades difusas. Son los individuos quienes imponen un significado a ese universo brumoso para poder ver objetos definidos. El error fundamental detectado en dichos argumentos es la confusión entre las *descripciones* de los hechos (que siempre son relativas a un sistema conceptual) y los *hechos* mismos. Putnam, por ejemplo, afirma que dados tres círculos, bien podría decirse que existen solo tres objetos, pero también podría decirse que existen siete (considerando las diversas formas en que dichos círculos pueden

combinarse). Y ambas afirmaciones, aunque contradictorias entre sí, parecen ser verdaderas o, lo que es igual, no existe una manera objetiva de decir cuántos objetos realmente hay. Por su parte, Goodman, parte del hecho de que cuando observamos las estrellas podemos «ver» una constelación al unir las mediante líneas imaginarias. De ahí concluye que toda la realidad es como esas constelaciones, que todo lo que vemos es el resultado de un orden subjetivamente impuesto a una materia desorganizada. Como Searle (2009) observa, la relatividad del lenguaje no crea un relativismo acerca de los hechos. Aunque saber cuántos objetos hay depende de qué se entiende como «objeto» (si círculos individuales únicamente, o también sus combinaciones), no hay duda que solamente hay tres círculos. O, para considerar un ejemplo propuesto por Searle (2009), ¿existe alguna diferencia en cuanto al número de invitados a una cena, si decimos que son ocho personas o cuatro parejas? Igualmente, aunque nuestros sistemas conceptuales nos permiten concebir constelaciones, las estrellas mismas no son construcciones del observador. Por su parte, desde una visión pragmática, Rorty sostiene que la utilidad del lenguaje para hablar acerca de una realidad no implica que haya objetos reales. Searle (2009) replica que si un vocabulario acerca de montañas es útil, es porque existen montañas, independientemente de que alguien hable acerca de ellas o de que sea o no útil hablar sobre ellas.

Consideremos ahora el segundo argumento de los constructivistas y relativistas, a saber, que no existen criterios objetivos para pronunciarse sobre cualquier pretensión de conocimiento. El mejor ejemplo de tal argumento es la idea, muy popular desde hace décadas, de que no existe un verdadero progreso científico sino únicamente cambios conceptuales no acumulativos, los cuales, además, no son motivados principalmente por el atento examen de los argumentos y la evidencia, sino más bien por factores sociológicos y psicológicos, incluyendo una buena dosis de irracionalidad. Por supuesto, parece que el origen de tales conceptos puede trazarse hasta el célebre tratado de Kuhn (1977) sobre las revoluciones científicas. Los paradigmas en competencia son «incommensurables» entre sí, es decir, no existe un lenguaje capaz de representar simultáneamente y de manera exacta las ideas de cada paradigma. Todo intento de «traducción» (e.g., explicar desde el punto de vista del paradigma B qué significa un concepto

perteneciente al paradigma A), distorsiona el sentido de los conceptos que se intenta traducir. La idea de inconmensurabilidad es intimidante, pues sugiere que ningún paradigma está en capacidad de proveer criterios para evaluar al otro, ni tampoco existen criterios externos a ellos que permitan su evaluación simultánea. Si esto es verdad, no habría forma «objetiva» de decidir entre uno u otro. Según Kuhn (1977), ni siquiera el hecho de que el nuevo paradigma parezca resolver (o resolver mejor) problemas en los que el viejo paradigma fracasa es un criterio suficiente para optar por el nuevo. Luego, la decisión se deja a muchos otros factores, incluyendo el simple cambio generacional. De este modo, los distintos paradigmas son vistos como opciones y la elección del científico individual a favor de uno u otro tendría que motivarse por cuestiones «de preferencia». El problema esencial de los paradigmas es que ellos no solo son un conjunto de teorías, sino que son básicamente una constelación de criterios más fundamentales en términos de los cuales se juzga lo verdadero o falso de las propias teorías. Así, una teoría es verdadera en relación con un paradigma y falsa en relación con otro. Pero si no existen criterios objetivos para decidir entre los distintos paradigmas tampoco hay manera objetiva de decidir entre teorías.

Sin embargo, tal cuadro no siempre refleja la realidad. Por ejemplo, en el caso de la confrontación entre la relatividad general y la mecánica clásica hubo maneras objetivas de plantear una elección. De tratarse de paradigmas «inconmensurables», no habría habido acuerdo en qué es lo que contaría como evidencia para decidir entre ambas (la teoría general de la relatividad predice que la trayectoria de la luz puede ser desviada por un campo gravitatorio intenso. Eddington realizó observaciones de la luz de una estrella lejana que pasa cerca del disco solar y comprobó que la magnitud de la desviación de la luz era la predicha por la relatividad general). En suma, la existencia de paradigmas no constituye un argumento a favor del relativismo. Como es universalmente reconocido, todo conocimiento está formulado, inevitablemente, en el marco de algún sistema de conceptos. La objetividad solo requiere que existan criterios sólidos que claramente muestren cómo un paradigma está mejor fundamentado que otro.

No obstante, a veces las teorías se aceptan en ausencia de evidencia empírica que las corrobore. La historia muestra que la evidencia empírica no es siempre el único juez en una decisión teórica. Por ejemplo, Einstein

estaba convencido en la corrección de la relatividad aunque inicialmente no existía ninguna evidencia experimental que la corroborara. Más aún, se ha señalado que dicha teoría no fue formulada originalmente para explicar determinados fenómenos experimentales, sino, más bien, para resolver una asimetría entre dos diferentes ramas de la física (Holton, 1978). Asimismo, Kuhn sostuvo que el sistema geocéntrico fue gradualmente rechazado en favor del heliocéntrico sin que mediara evidencia empírica alguna ¿Quiere todo esto decir que no hay maneras objetivas de decidir entre teorías o que, habiéndolas, los científicos hacen caso omiso de ellas? No. Porque las razones para una decisión teórica no radican solamente en la evidencia empírica, sino también en los argumentos. La Ortodoxia Científica no requiere que las teorías tengan que crearse o aceptarse siempre con base en los resultados del ansiado experimento crucial. En ausencia de tales resultados, aún existen otras muchas buenas razones –y hablamos aquí de racionalidad– para mantener determinadas convicciones. De hecho, Kuhn (1977) intentó esquivar las acusaciones de relativista reconociendo algunas de las razones, además de la evidencia empírica, que pueden conducir a una elección teórica. Para nosotros, la cuestión fundamental es que estas otras razones no tienen solamente ni principalmente que ver con los intereses, valores o sentimientos, como afirman constructivistas y relativistas, sino con argumentos sólidos, como una mayor generalidad o la capacidad para explicar mejor las observaciones ya disponibles.

En tercer lugar, dicen constructivistas y relativistas, aun si existieran criterios objetivos para determinar las propiedades intrínsecas de los objetos, existen barreras insuperables para su utilización. Así, las necesidades e intereses individuales tendrían *siempre* que imponerse sobre la evidencia como única explicación de nuestras creencias. Siempre se ve solamente lo que se quiere ver. Si nuestras creencias siempre están motivadas por dichas necesidades e intereses, ninguna creencia entonces puede ser verdadera, incluyendo la creencia de que las creencias siempre están motivadas principalmente por las necesidades e intereses. Como afirma Dupré (citado por Boghossian, 2006):

El afirmar que todas las creencias científicas deberían ser explicadas en términos de metas, intereses y prejuicios del científico, y negar cualquier rol a la presión recalcitrante de la naturaleza, no deja espacio alguno para

la crítica de creencias científicas específicas, sobre la base de que ellas reflejan tales prejuicios, más bien que estar basadas en los hechos. (p. 117)

En respuesta a tales argumentos, Boghossian (2006) señala que:

Los factores sociales pueden tener su lugar en la explicación de por qué mostramos un interés en una cuestión particular y de cómo la perseguimos. Sin embargo, dado un interés en tal cuestión, y dada nuestra exposición a la evidencia relevante, entonces... es a veces posible que la evidencia sola explique por qué creemos lo que creemos. (p. 21)

Ocasionalmente, la conducta de los propios científicos parece mostrar que las elecciones teóricas son realmente motivadas no por el peso de la evidencia, sino por los intereses y deseos personales. En efecto, hay momentos en que coexisten puntos de vista contrapuestos sobre ciertos asuntos debido a que, a despecho de las evidencias, cada uno de ellos goza de la simpatía de algún grupo de adherentes. Los críticos de la Ortodoxia Científica afirman que cuando alguno de esos puntos de vista adquiere supremacía en el seno de una disciplina, esto es el resultado no de un examen sereno de la evidencia o de los argumentos por parte de los miembros individuales de una comunidad científica, sino de cambios sociales al interior de esa comunidad. Al respecto, he aquí un párrafo de la feminista Sandra Harding (1999):

Las teorías jóvenes deben ser retenidas aun frente a ocasionales e incluso frecuentes observaciones que las refutan, las más viejas y favorecidas teorías son usualmente retenidas hasta que sean forzadas al retiro por los cambios de la comunidad científica... cualquier teoría puede ser retenida tanto tiempo como sus defensores mantengan suficiente poder institucional para alejar cualquier amenaza. (p. 459)

Según el relato de Harding, las evidencias y los argumentos cuentan poco: éstos pueden sostener determinado punto de vista, pero si quienes mantienen creencias opuestas concentran suficiente poder, incluso tales evidencias y argumentos pueden ser ignorados. A ojos de Harding, las decisiones científicas (como aceptar o rechazar teorías) no son racionales

(e.g. no dependen del contraste de las evidencias), sino que son en el fondo decisiones políticas.

Pero, se pregunta Boghossian, ¿las cosas son *siempre* así? ¿Qué es lo que decide a los físicos, por ejemplo, a abandonar el mecanicismo en favor de las teorías de campo y la relatividad? Veamos dos respuestas. Primero, los factores emocionales e ideológicos pueden jugar un papel mayor, a mi juicio, solamente cuando las teorías carecen, justamente, de un marco conceptual sólido. Como sucede, precisamente, con la problemática coexistencia de muchas distintas interpretaciones de la mecánica cuántica, a diferencia de lo que ocurre con la teoría de la relatividad (Zeilinger, 1999). Segundo, como observa Boghossian (2006), cuando se dispone de evidencias y de argumentos, simplemente no es posible dejar de considerarlos como base de una decisión teórica, al margen de las preferencias, ideología o valores personales. Por ejemplo, como veíamos, en el caso de la confrontación entre la relatividad general y la mecánica clásica se disponía de evidencia para arribar a una decisión entre ambas. Y, agregamos ahora, la comunidad científica hizo uso de tal evidencia.

Hacia el final de su libro, Boghossian (2006) formula esta observación:

A lo sumo... el constructivismo social expone el carácter contingente de aquellas de nuestras prácticas sociales que habíamos erróneamente considerado como naturales. Y lo hace así confiando en los cánones establecidos del buen razonamiento científico. Sin embargo, se descarría cuando aspira a convertirse en una teoría general de la verdad o el conocimiento. (pp. 129-130)

Totalmente de acuerdo. Nótese también que, como señala la cita, el constructivista formula sus tesis con base en argumentos y evidencias, por más que la motivación para lanzar dichas tesis radique en sus preferencias, valores o necesidades. Más aún, yo agregaría que el aporte del constructivismo social, cuando señala la influencia de las condiciones objetivas del observador, sirve al final a la causa de la objetividad. Pues como observé previamente (Bueno, 2011) cuando nos percatamos de la posible influencia de estos factores sobre nuestras observaciones y juicios (aspectos que también han sido puestos de relieve por la psicología experimental), es posible reducir (si no eliminar por completo) dicha influencia.

La objetividad tampoco puede negarse (o el relativismo afirmarse) sobre la base de la continua rectificación del conocimiento científico. Una ontología realista reclama una epistemología objetivista pero, como ya vimos, objetividad no es omnisciencia, un saber absoluto y final, por ello, como observa Bunge (2007), para el realismo científico el conocimiento siempre tiene cierto grado de imprecisión y es solo parcialmente verdadero. Todo científico está consciente de que las «verdades» científicas son siempre provisionales. Nadie cree que se haya alcanzado, o aun que algún día se alcanzará la verdad en el sentido de «certeza» absoluta. Como ya mencioné, cuando el científico habla acerca de las verdades científicas, y en general, cuando se habla de «objetividad», lo que se quiere decir es: 1. Que es posible decidir entre lo verdadero y lo falso, dado nuestro mejor conocimiento presente y provisional, y 2. Que, precisamente a causa de que nuestra base es nuestro «mejor conocimiento» provisional, la «verdad» científica es ella misma también provisional. Como el lector habrá notado ya, el relativista no puede usar como argumento el hecho de que las teorías sean constantemente falsadas ya que, precisamente la falsación de las teorías es una evidencia de que es posible decidir entre lo verdadero y lo falso, o, por lo menos, es posible saber qué no es verdadero. Este punto es confirmado por Brown (2001): «la objetividad científica es compatible con un alto grado de falibilidad. En su día, el flogisto, el calórico y el éter fueron la sustancia de excelentes teorías. Personas sensibles creían en ellas sobre la base de las mejores bases» (p. 20).

Anteriormente hice referencia a que no solo es posible analizar críticamente el conocimiento, sino también sus contextos conceptuales. Los paradigmas, antes mencionados, son parte de ese contexto conceptual. Sin embargo, Kantor (1958) apuntó también a otros elementos, mucho más básicos aún, que afectan al científico ya no solo como practicante de una disciplina, sino como miembro de una cultura, pero que influyen también en sus creencias acerca de cómo concebir o investigar su objeto de estudio. Estos conceptos más fundamentales están vinculados directamente con las condiciones socio-históricas prevalecientes en un determinado contexto espacio-temporal, a todo lo cual Kantor denominó *matriz cultural*. Como en el caso de los paradigmas, la influencia de la matriz cultural no significa falta de objetividad. Como se dijo, la objetividad solo requiere que existan

elementos de juicio que permitan estimar el real valor de un marco conceptual en relación con otros, sin importar su origen. De ahí la importancia de la crítica conceptual. Por esa razón, ya Kantor (1958) había señalado, desde el principio, la necesidad de analizar críticamente el marco conceptual de la psicología tradicional, centrado en el dualismo mente-cuerpo. Kantor llevó a cabo parcialmente esa labor desde bases estrictamente lógicas, pero también desde una visión histórica (Kantor, 1963-1969). Otros ejemplos de tal análisis crítico-histórico son los de Ribes (1990) y Smith (1993). Todas esas contribuciones muestran que el mentalismo, la doctrina cuasi-oficial de la psicología, no es un conjunto de hechos, sino meramente una interpretación de los hechos de la conducta, interpretación que además es dependiente de ciertas circunstancias históricas y sociales precisas. Cuando se toma conciencia de esa realidad, se abre la posibilidad de dar paso a interpretaciones alternativas. La subsecuente confrontación de esas alternativas obviamente requiere la presunción de que no todas ellas son igualmente válidas.

Conclusión

La revisión realizada muestra que las concepciones constructivistas y relativistas son pertinentes en cuanto señalan las motivaciones de origen personal o social que inducen al científico a elegir determinados temas de investigación o a plantear teorías de determinada naturaleza. No obstante, incurren en el error al suponer que no existen otros criterios para las decisiones teóricas o que, habiéndolos, el científico y la ciencia en general los ignoran. Como apunté al comienzo de este escrito, la mayoría de los practicantes de la investigación cualitativa comparten la crítica de la Ortodoxia Científica. Es posible que tal crítica esté motivada por el deseo de dichos investigadores de justificar sus propios enfoques metodológicos. Por ejemplo, en un enfoque de investigación que coloca en primer término no la comprobación objetiva de hechos, sino la interpretación como búsqueda de motivos, intenciones o significados en los hechos es natural que se argumente que no existen hechos, solo interpretaciones. En otras palabras, es correcto afirmar que los científicos a veces actúan de manera no objetiva. Pero los constructivistas y relativistas pretenden que el científico actúa *siempre* de manera no objetiva y, por tanto, ellos están justificados de hacer lo mismo en los estudios cualitativos.

En mi concepto, se puede hacer buenos estudios idiográficos o enfocados en la subjetividad sin ser partícipes de la crítica al realismo y la objetividad, es decir, manteniéndose en el marco de la Ortodoxia Científica. Es decir, investigar la individualidad y la subjetividad no tiene porqué comprometernos con visiones relativistas o constructivistas. Inversamente, la refutación del constructivismo y del relativismo, y la reafirmación de la Ortodoxia Científica, no le resta valor a aquellos estudios. Por el contrario, los cánones ortodoxos son quizá la mejor garantía para que la investigación social logre mejores frutos de conocimiento y, de ese modo, contribuya a la mejora de la sociedad.

Referencias

- Boghossian, P. A. (2006). *Fear of knowledge. Against relativism and constructivism*. Oxford: Oxford University Press.
- Brown, J. R. (2001). *Who rules in science: An opinionated guide to the wars*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bueno, R. (2011). Una nota sobre la objetividad. *Cultura*, 25, 323-342.
- Bunge, M. (2007). *A la caza de la realidad*. Barcelona: Gedisa.
- Camic, P. M., Rhodes, J. E. & Yardley, L. (2003). Naming the stars: Integrating qualitative methods into psychological research. En P. M. Camic, J. E. Rhodes & L. Yardley (Eds.), *Qualitative research in psychology: Expanding perspectives in methodology and design* (pp. 3-15). Washington: American Psychological Association.
- Cilliers, P. (2005). Complexity, deconstruction and relativism. *Theory, Culture & Society*, 22, 255-267.
- Gergen, K. J. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40, 266-275.
- Harding, S. (1999). After the neutrality ideal: Science, politics, and «strong objectivity». En E. C. Polifroni & M. Welch (Eds.), *Perspectives on philosophy of science in nursing: An historical and contemporary anthology* (pp. 451-461). Philadelphia: Lippincott, Williams & Wilkins.
- Hathaway, R. S. (1995). Assumptions underlying quantitative and qualitative research: Implications for institutional research. *Research in Higher Education*, 36, 535-562.
- Haynes, S. N., Godoy, A. & Gavino, A. (2011). *Cómo elegir el mejor tratamiento psicológico. Formulación de casos clínicos en terapia del comportamiento*. Madrid: Pirámide.
- Holton, G. (1978). *Ensayos sobre el pensamiento científico en la época de Einstein*. Madrid: Alianza Editorial.
- Johnson, B. & Christensen, L. (2012). *Educational research: Quantitative, qualitative, and mixed approaches*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Kantor, J. R. (1958). *Interbehavioral psychology*. Granville, OH: The Principia Press.
- Kantor, J. R. (1963-1969). *The scientific evolution of psychology*. Chicago: The Principia Press.
- Kuhn, T. S. (1977). *The essential tension. Selected studies in scientific tradition and change*. Chicago: Chicago University Press.

- Lapan, S. D., Quartaroli, M. J. & Riemer, F. (2012). Introduction to qualitative research. En S. D. Lapan, M. J. Quartaroli & F. Riemer (Eds.), *Qualitative research: An introduction to methods and designs* (pp. 3-17). San Francisco: Jossey-Bass.
- Lincoln, Y. S. & Guba, E. G. (1985). *Naturalistic inquiry*. Newbury Park, CA: Sage.
- Merriam, S. B. (2009). *Qualitative research: A guide to design and implementation*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Patton, M. Q. (2002). *Qualitative research and evaluation methods*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Ponterotto, J. G. (2005). Qualitative research in counseling psychology: a primer on research paradigms and philosophy of science. *Journal of Counseling Psychology*, 52, 126–136.
- Ribes, E. (1990). *Psicología general. Crítica de sus fundamentos históricos y conceptuales*. México: Trillas.
- Searle, J. (2009). Why should you believe it? *New York Review of Books*, 56(14), 88-92.
- Skinner, B. F. (1957). *Verbal behavior*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.
- Smith, J. K. & Hodkinson, P. (2005). Relativism, criteria, and politics. In N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *The Sage handbook of qualitative research* (pp. 915-932). Third edition. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Smith, N. W. (1993). *Greek and the interbehavioral psychology*. Lanham, MD: University Press of America.
- Zellinger, A. (1999). A foundational principle for quantum mechanics. *Foundations of Physics*, 29, 631-643.

